

pulosa, desde hace treinta años, ha dado á la Reina el hábito de un profundo disimulo. No hay mujer que mienta con más descaro ni con perfidia más reconcentrada. Antidevota y hasta incrédula, pero débil y tímida en exceso, la apariencia del menor peligro la hace sentir todos los terrores de la superstición. Todos los días escribe al Príncipe de la Paz y en cambio á ella la informan de cuanto ocurre en Madrid.

“Mientras el Rey come, tiene ella una conferencia de una hora con el primer secretario de Estado, y si el ministro se resistiera á esa costumbre no duraría 24 horas.

“A pesar de sus cincuenta años aun tiene pretensiones y una coquetería apenas soportable en una mujer joven y bonita. Sus gastos en trajes y joyas son enormes. Es raro que cada correo llegue sin dos ó tres vestidos para ella...”

---

## VI.

La nube precursora de la tempestad que derumbará en España la realeza, se forma en las habitaciones del Príncipe de Asturias.

En 1807 Fernando cumple 23 años y su esposa ha muerto. Los médicos dicen que la tisis

fué la enfermedad que la llevó á la tumba. Los consejeros del Príncipe y sobre todo Ezcoiquiz, afirman que la Princesa de Asturias fué víctima de los proyectos del Príncipe de la Paz. El amo de España sostiene que el heredero del trono debe contraer segundas nupcias y la futura reina de España, en concepto de Godoy, es su cuñada. El Príncipe de Asturias protesta que jamás accederá á los proyectos del favorito y en unión de sus consejeros medita la manera de substraerse á la influencia del omnipotente Príncipe de la Paz.

La revolución francesa ha llegado á la única solución posible: el soldado de fortuna que pudo llamarse Hoche y resultó Bonaparte. El de Asturias no vacila y antes que llegar á ser hermano de Godoy, prefiere arrojarse en brazos del emperador francés. El día 11 de octubre escribe al Emperador:

“Grande es mi desdicha de verme obligado por las circunstancias á ocultar como un crimen un acto tan justo y laudable, pero tales son las funestas consecuencias de la extremada bondad de los mejores reyes. Lleno de respeto y amor hacia aquel que me dió el sér y que está dotado del corazón más recto y generoso, no me atreveré á decir á Vuestra Real é Imperial Majestad lo que sin duda sabe mejor que yo, que estas mismas cualidades, tan estimables, no sir-

ven sino de instrumento á las personas artificiosas y malvadas para obscurecer la verdad á los ojos de los soberanos, si estos mismos hombres, que por desgracia hay aquí, dejaran á mi respetable padre conocer á fondo el carácter de Vuestra Majestad Imperial como yo lo conozco, ¡con cuánto ardor desearía estrechar los lazos que deben unir nuestras dos casas! ¿Y qué medio más propio á este objeto que el de pedir á Vuestra Imperial Majestad el honor de aliarme á una persona de Vuestra Augusta familia? Este es el anhelo unánime de todos los súbditos de mi padre. Este será sin duda alguna también el suyo, á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos, en cuanto sepa las intenciones de Vuestra Majestad Imperial. Es cuanto mi corazón desea, pero no lo que quieren esos pérfidos egoístas que le tienen sitiado y que pueden sorprenderlo en el primer momento”.

\*  
\* \*

Descubierta la conspiración por los agentes de Godoy, el Rey Carlos IV recibe un anónimo que le obliga á salir de la eterna apatía en que vive. El proceso del Príncipe de Asturias y de sus cómplices apasiona los ánimos y la opinión pública comienza á manifestarse.

Carlos IV se arroja también en brazos del César francés, quien recibe la siguiente carta:

“Mi Señor hermano:—En los momentos en que no me ocupaba sino de cooperar á la destrucción de nuestro común enemigo, (1) cuando creía que todos los complots de la Reina de Nápoles habían sido sepultados con su hija, veo con un horror que me hace estremecer, que el veneno de la más terrible intriga ha penetrado hasta el interior de mi palacio. ¡Mi corazón sangra al hacer el relato de tan horrible atentado! ¡Mi hijo, el heredero presunto del trono, había formado el siniestro proyecto de destronarme, llegando hasta el exceso de querer atentar á la vida de su ma-

(1) Inglaterra.

“dre! Tan horrendo atentado debe castigarse  
 “con el rigor ejemplar de las leyes. La que le  
 “llamaba á la sucesión debe ser revocada; uno  
 “de sus hermanos será más digno de reempla-  
 “zarme en el trono y en mi corazón. Me ocu-  
 “po en este momento en descubrir sus cómpli-  
 “ces para profundizar este plan y no quiero  
 “perder un solo instante sin enterar de ello á  
 “*Vuestra Majestad Imperial y Real* rogándola  
 “que me asista con sus luces y sus conse-  
 “jos”.

Padre é hijo se han puesto á merced de Na-  
 poleón. Carlos IV una vez que la tempestad hu-  
 bo pasado, vuelve á su indiferencia habitual de  
 la que no sale á pesar de la noticia de haberse  
 formado en Bayona un campamento donde  
 hay 20,000 hombres.

Napoleón espera tan solo el consentimiento  
 del Czar de Rusia para *comenzar á explicarse*.

En la noche del 20 de febrero de 1808 Mu-  
 rat recibe el nombramiento de Lugarteniente  
 del Emperador en España y parte inmedia-  
 tamente para Bayona. El 7 de marzo cruza el  
 Bidasoa.

Godoy apremia al representante de España  
 en París; es necesario conocer los designios de  
 Napoleón. Nadie los sabe. La consigna de  
 Murat es: espantar á esas gentes, y el emba-  
 jador Izquierdo contribuye, asustando con sus

revelaciones al Rey, al favorito y á sus se-  
 cuaces.

Godoy aconseja la fuga á América. El pue-  
 blo que comienza á inquietarse, adivina la su-  
 prema cobardía de quienes han hundido á Es-  
 paña. El león despierta. En vano Godoy anun-  
 cia oficialmente no ser verdad los rumores que  
 corren. El Príncipe de Asturias encuentra la  
 oportunidad que tanto ansía, y mientras el ejér-  
 cito francés se aproxima á las puertas de Madrid,  
 el motín del 19 de marzo derriba al favorito y  
 el pobre rey abdica en favor de su hijo.

El 23 de marzo el ejército francés entra en  
 Madrid por la puerta de Alcalá; Murat, ese hé-  
 roe que es un animal (1), sueña. . . . sueña de-  
 masiado. . . . ¿Será rey de España? . . . . .  
 La gaceta del 24 de marzo da la bienvenida al  
 ejército francés.

“El pueblo de Madrid ve con complacencia  
 en sus muros á los héroes de Eylau, de Dant-  
 zig y Friedland. Admira el valor y marcialidad  
 de las tropas después de tantas marchas y fati-  
 gas, y no puede menos de alabar el orden y la  
 disciplina que reinan en ellas. . . . .  
 Los habitantes de Madrid se disputan á porfía  
 cumplir los sagrados deberes de hospitalidad y  
 el Gobierno ve con la mayor satisfacción esta  
 armonía y fraternidad.”

(1) Opinión del emperador.

El león había despertado y muy pronto iba á convencerse el Emperador de que el pueblo español no eran los representantes de la realza.

\*  
\* \*

El rey Fernando, por abdicación á *fortiori* de su padre, es conducido por el general Savary ante Napoleón, quien ha llegado á Bayona para decidir de la suerte de España.

El Emperador no cree que el de Asturias se meta en la boca del león. Al recibir la noticia quedó perplejo un segundo (1). No era hombre susceptible de permanecer indeciso mucho tiempo.

—Pero, ¿es que viene aquí?... ¡usted se engaña! ¡Esto no es posible!—dice á Bausset, prefecto de palacio.

No podía creer en semejante prueba de debilidad. En el puerto de "Pasages" se encontraba como al acaso una fragata lista para hacerse á la vela rumbo á México, tan luego como el de Asturias se decidiera á huir.

Pero puesto que llega, hay que recibirle; jamás como al soberano en quien ha abdicado Carlos IV.

(1) Constant. Memorias.

\*  
\* \*

El 20 de abril, el Príncipe de Asturias se encuentra en Bayona. Deposita un beso en una mejilla de Napoleón, quien, sombrero en mano, presenta la otra (1). ¡Qué franco y cordial es S. M.!

Llega en seguida el Príncipe á la residencia preparada de antemano para él. A las seis de la tarde los carruajes de la Corte se presentan para conducirlo en unión del infante Don Carlos y de sus séquitos respectivos, á comer con el Emperador. ¡Qué hospitalidad más generosa la de Su Majestad!...

Y... ¡qué cortés! Al llegar á la imperial mansión, su dueño sale presuroso á recibir á sus huéspedes. Presenta hasta por cuatro ocasiones las pálidas mejillas, recibiendo en ellas otros tantos ósculos... (2)

Y... ¡qué campechano! Después de la comida, festivo y complaciente, acompaña á sus invitados hasta sus carruajes. (3)

(1) Bausset. Memorias.

(2) De Pradt.—Memorias.

(3) De Pradt.—Memorias.

El príncipe y sus acompañantes rebosan júbilo. El reconocimiento de Rey de España es indudable.

No bien han llegado á su albergue se presenta el general Savary, el grande y buen amigo Savary. Trae un recadillo de S. M., quien ha decidido que Fernando renuncie á la corona de España! ¡El golpe es teatral!

Napoleón tiene una última esperanza de realizar sus planes. Por dos horas deja en libertad al de Asturias para embarcarse rumbo á México. En la rada hay buques españoles y los capitanes de ellos, unidos á más de doscientos hombres, gritan y alborotan al notar que el Príncipe, desde un balcón, agita un pañuelo exclamando: "me han traicionado" (1)

Muchas voces contestan: "Les sacaremos á todos y haremos que se fuguen, si quieren."

El de Asturias se conforma con hacer aspavientos. . . . Por fin, á las nueve de la noche "un oficial francés llega, aparta del balcón á los escandalosos y cierra la vidriera. Momentos después todo está en calma." (2)

(1) Memorias de un boticario.

(2) Memorias de un boticario.

\*  
\* \*

Ya se encuentra listo el "instrumento" que explicará al mundo las reglas de la política francesa en la cuestión española.

"La corona de España pertenece, desde Luis XIV, á la familia que reine en Francia. El Emperador de los franceses ha recogido la herencia del gran rey y por tanto la obra de Luis XIV debe continuarse.

"El Emperador, llamado por el padre y por el hijo, no puede permitir que uno ú otro queden en el trono de España. El padre significaría una gran resistencia que vencer, dada la animosidad del pueblo español para el favorito. Sería necesario sacrificar sangre francesa; y esa sangre que la nación prodiga por sus propios intereses, no debe verterse en interés de un rey extranjero cuya suerte nada importa á Francia.

"Dejar en el trono de España al Príncipe de Asturias, sería tanto como permitir el dominio de los ingleses en la península, á menos que Francia sostenga constantemente un poderoso ejército en ella.

"El Emperador, obligado á ocuparse de Espa-

fia de un modo que sea útil á ese país y útil á Francia, no debe ni restablecer á costa de sangre á un rey destronado, ni sancionar la rebelión del hijo, ni menos abandonar España á sí misma, porque esta última hipótesis equivaldría á abandonarla á los ingleses, cuyas intrigas y recursos pecuniarios han causado tan profundos trastornos en ese país." (1)

Tal fué el "instrumento" meditado por Talleyrand y que redacta Champigny acerca de los asuntos de España. El Príncipe de Asturias ha dejado muy triste opinión en el ánimo del Emperador. "*Es muy estúpido, muy malvado y muy enemigo de Francia*"—escribe á Talleyrand.

Dos días después llega el Príncipe de la Paz. Napoleón se compadece de él y le aloja extramuros de Bayona, por consideración al Príncipe de Asturias. Ya llegará la hora en que desempeñe su papel.

El 27 llega la Emperatriz Josefina, quien viaja directamente. Necesita estar al lado del Emperador para recibir á Carlos IV y á su esposa.

Llegan los ancianos reyes el 29 y son recibidos con todos los honores. Al apearse del coche, lo primero que ven es á sus dos hijos Carlos y Fernando.

(1) Napoleón.—Correspondencia.

—Buenos días, Carlos—dice el anciano al Infante.

El Príncipe hace ademán de abrazar á su padre, quien le rechaza con un gesto de indignación. La Reina abraza á sus dos hijos.

Los españoles nobles que se encuentran en Bayona presentan sus homenajes á los soberanos. Al terminar la ceremonia el de Asturias intenta seguir á sus padres.

—¡Desgraciado!—exclama Carlos IV.—¿No has deshonrado bastante mis canas?

El viejo va en seguida á recibir los consuelos de Godoy, quien comienza á desempeñar su papel.

"Se hubiera creído que era el pariente más próximo y querido de Sus Majestades". (1)

Napoleón les visita esa misma tarde. Escucha sus quejas, y cuando vuelve al lado de Josefina exclama:

"El Rey tiene el tipo y la cara de los Borbones. En cuanto á la Reina es feísima, su piel amarilla le da el aspecto de una momia. Debe ser muy falsa y malvada y es difícil figurarse algo más ridículo. A los sesenta años lleva el traje descotado". (2)

Del 29 de abril al 5 de mayo, la situación permanece indecisa. El Príncipe de Asturias

(1) Constant. Memorias.

(2) Constant. Memorias.

mantiene la actitud que le aconsejan el "petit Cisneros" (así llamaba el Emperador al canónigo Ezcoiquiz) y Cevallos.

—Antes perderé la vida que renunciar á mis súbditos—dice al ver la abdicación que le presentan.—¡Jamás firmaré!

Carlos IV afirma que es Rey por derecho de sus padres, y su abdicación es el resultado de la fuerza y la violencia. Napoleón hace que el Príncipe de la Paz influya en el ánimo del anciano Rey, quien se declara único soberano de España y nombra su lugarteniente en Madrid, con toda clase de poderes civiles y militares, al Gran Duque de Berg....

\* \* \*

Un ginete llega á escape el día 5. Es Dane-court, portador de la noticia de los sucesos del dos de mayo en Madrid. Los acontecimientos se precipitan.

Inmediatamente, el Emperador se dirige á la residencia de Carlos IV. La entrevista dura una hora. ¡El antiguo régimen va á exhalar en España el postrer aliento!

Napoleón irrita, enardece, saca de quicio al anciano, y cuando cree el momento oportuno

hace llegar al Príncipe de Asturias, quien se presenta pálido y temblando ante su padre.

—¡He ahí tu obra, miserable! ¡La sangre de nuestros soldados ha sido vertida y también ha corrido la de los soldados de mi aliado, de mi amigo, el gran Napoleón...! ¡Qué sería de España si tuviéramos que habérmolas con un vencedor menos generoso! ¡Renuncia á esa corona harto pesada para tí y dá-sela al único capaz de llevarla!

La Reina acude... las palabras ultrajantes, las frases de taberna y arrabal, desbordan de sus labios... ¡dirigidas á su hijo!

Cuando el Emperador juzga oportuno dice al de Asturias:

"Si de aquí á media noche no habéis reconocido á vuestro padre por vuestro rey legítimo y lo escribís así á Madrid, seréis tratado como rebelde".

Napoleón vuelve á su palacio; recorre el jardín, agitado, nervioso; luego reúne á todos cuantos ahí se encuentran y les relata las escenas que acaba de presenciar.—"¡Qué mujer! ¡Qué madre!"—dice de la reina.—"Después de agobiar á su hijo con insultos y amenazas, me ha pedido que le haga subir al cadalso! Me inspiró tal horror, que he comenzado á interesarme por él". (1)

(1) De Pradt. Memorias Históricas.

Al día siguiente Fernando pone en manos de su padre el documento que se le exige y éste á su vez abdica en favor de Napoleón.

El 12 de mayo la familia real toma el camino del destierro. Talleyrand consigna la impresión que en París han causado los asuntos de España: "Tiene algo de triste que en algunos llega al aturdimiento". El Emperador tiene un rasgo de *sprit*: "He recibido—escribe al Ministro Talleyrand—una carta de Fernando en que me llama *primo*. Eso es ridículo, debe llamarme simplemente: *Señor*. La Emperatriz Josefina presiente el porvenir....."

"Estaba dotada de no sé que instinto profético que le hacía prever las buenas y las malas consecuencias de los sucesos. Habiéndome hablado de sus amargas previsiones, aunque ella conocía mi discreción, me recomendó el más absoluto silencio como si se arrepintiera de haberse expresado ante mí como lo había hecho" (1).

(1) Mademoiselle Avrillon, Memorias

\*  
\* \*

El antiguo régimen cayó en España dejando una estela de ignominia. En Francia, la realeza al morir legaba á la posteridad el perfume de un bello florecimiento.

"Quien no vivió entonces—decía el célebre abate de Perigord—no conoce la dulzura de vivir. Esa opinión en labios del obispo de Autun, después Príncipe de Talleyrand, "el personaje más alto de la diplomacia europea," (1) sintetiza la intensidad de aquella vida.

"Y es que la inteligencia y el placer se habían unido en delicioso consorcio en los salones de París—"centro y cerebro y corazón del mundo." Ciencia, política, religión, literatura, arte, todo al pasar por el tamiz de la conversación de aquella sociedad refinadísima, se convertía en un impalpable polvo de oro: *el sprit* (2). "Voltaire y los suyos habían demolido un edificio secular; pero habían hecho respirar al mundo un espíritu divino: el de la tolerancia, el del horror á los tormentos, á la persecución, al odio contra los que, dirigidos

(1) Sierra. Historia General.

[2] Sierra. Historia General.



por su conciencia pensaban ó creían de diferente modo que los demás: éste será su título eterno á la veneración de la posteridad (1).

“De donde quiera (2) en los momentos en que aquella sociedad agonizaba, una dulzura afectuosa viene como un tibio y húmedo soplo de Otoño á fundir aquellos caracteres y á envolver en un perfume de flores moribundas las elegancias de sus postreros instantes. . . . .”

[1] Sierra. Historia General.

[2] Taine Orígenes de la Francia contemporánea.

Los títulos del guardia de Corps Manuel Godoy, de la época de Carlos III, eran al firmarse la abdicación de Bayona:

“Don Manuel Godoy y Alvarez de Faria, Ríos, Sánchez Zamora, Príncipe de la Paz, Duque de Alcudia, Señor del Soto de Roma y del Estado de Albala, Grande de España de primera clase, Regidor perpetuo de la Villa de Santiago, Caballero de la orden del Toison de Oro, Gran Cruz de la orden de Carlos III, Comendador de la encomienda de Valencia, Ventora, Rivera, y Accuchal en la Orden de Santiago, Caballero Gran Cruz de la religión de San Juan, Consejero de Estado, primer Secretario de Estado y del Despacho, Secretario de la Reina, superintendente general de postas y caminos, protector de la Real Academia de Artes y del Laboratorio de Historia Natural, Jardín Botánico, Laboratorio Químico y Observatorio Astronómico, Gentil hombre de Cámara de la Reina, Capitán General de los Reales Ejércitos, Inspector y Comandante del Cuerpo Real de Guardias de Corps. Item